

Bilbao, 7 de Octubre de 2007

Queridos amigos,

Todavía con el regusto de las vacaciones, hemos comenzado ya el curso nuevo. Otoño es tiempo de recoger frutos, pero también es tiempo de preparar la tierra.

Esta vez, me hago presente entre vosotros, con un mensaje: “vamos a preparar bien nuestra tierra para que surjan y maduren frutos sazonados”.

Eso es lo que pretende señalar el comentario de esta carta: Niños sin fe porque no se cuida el ambiente. Vosotros en casa y yo en la parroquia, vamos a intentar preparar el curso para que quienes están con nosotros, puedan recoger la fe y los valores de justicia, libertad y paz que queremos para todos.

¿Lo intentamos?. Si no sembramos, no florecerá nada.

José María Ruiz de Azúa
Párroco

1.- Lectura del Evangelio según San Marcos 9, 2-10.

Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarle ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo Jesús: «**Maestro, ¡qué bien se está aquí!** Vamos a hacer tres tiendas una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Estaban asustados y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y salir una voz de la nube: «Éste es mi Hijo amado; escuchadlo». De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos». Esto se les quedó grabado, y discutían que querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».

2.- Comentario:

“NIÑOS SIN FE”

En muchos hogares ya no se habla de Dios. Los niños no pueden aprender a ser creyentes junto a sus padres.

Nadie en casa los inicia en la fe. Sus preguntas religiosas resultan embarazosas y son pronto desviadas hacia cosas más prácticas. Lo que se transmite de padres a hijos no es fe, sino indiferencia y silencio religioso.

No es, pues, extraño que encontremos entre nosotros un número cada vez más elevado de

niños sin fe. ¿Cómo van a creer en Aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo se va a despertar su fe religiosa en un hogar indiferente?

La actuación de los padres es diversa. Hay algunos a los que no les preocupa en absoluto la fe de sus hijos. Hace tiempo que ellos mismos se instalaron en la indiferencia. Hoy no saben si creen o no creen.

¿Qué pueden transmitir a sus hijos?

Hay también padres que, aun sintiéndose creyentes, dimiten fácilmente de su propia responsabilidad y lo dejan todo en manos de los colegios y catequistas. Parecen ignorar que nada puede sustituir el ambiente de fe del propio hogar y el testimonio vivo de unos padres creyentes.

Pero hay también padres preocupados, que no saben qué hacer en concreto. Padres que buscan apoyo y orientación y no siempre los encuentran. Puede ser oportuno recordar algunas cosas sencillas pero básicas.

Lo más importante es que los hijos puedan comprobar que sus padres se sienten creyentes. Que puedan intuir que Dios es alguien importante en su vida, que la fe los anima a vivir de manera positiva y los sostiene en los momentos de sufrimiento y prueba.

Pero no es posible transmitir lo que no se vive. No se puede enseñar a rezar al hijo cuando uno no reza nunca. No se le puede explicar por qué el domingo es fiesta si en casa no se celebra ese día de manera cristiana. No se le puede hablar en serio de Jesucristo si el hijo nunca nos va a ver leyendo el Evangelio.

Es importante también preocuparse directamente de educar la fe de los hijos. Comprarles alguna «Biblia para niños», ayudarles a leer esas publicaciones tan hermosas orientadas a presentarles la fe y enseñarles a orar, ver con ellos esos «vídeos» de iniciación a la fe. Nadie mejor que los padres para despertar en los hijos la experiencia religiosa.

Al mismo tiempo, son los padres los que han de acercar al niño a la comunidad cristiana a la que pertenece. Enseñarle el templo parroquial. Mostrarle la pila bautismal donde fue bautizado. Seguir de cerca su proceso en la catequesis. Participar con él en la Eucaristía dominical. Celebrar las grandes fiestas cristianas de la Navidad, Semana Santa y Pascua.

La fe o la increencia de las nuevas generaciones se juega en buena parte en la familia. En el relato evangélico se nos hace a todos esta invitación: «**Este es mi Hijo amado. Escuchadlo**». Todos hemos de recordar que ser cristiano es vivir escuchando a Jesucristo, el Hijo de Dios. También los niños están llamados a escucharlo. Pero difícilmente lo podrán hacer si nadie les habla de El.

3.- Reflexión personal:

- ¿Qué valores pueden aprender de mí quienes conviven conmigo?

4.- Oración breve:

“Señor, yo creo, pero ayuda a mi poca fe” Mt. 9, 24

Bilbao, 3 de Diciembre de 2007

Queridos amigos,

Nos preparamos a celebrar la Navidad. ¿Sólo se nota en el ambiente?. También en nuestro corazón.

Si nuestro corazón no ha quedado insensibilizado del todo por las mil preocupaciones, problemas o intereses que nos invaden día a día, el fácil que, al celebrar la Nochebuena, sentimos una sensación diferente, difícil de definir. ¿Cómo podríamos llamar a “eso” que percibimos en nuestro interior?. ¿Nostalgia?. ¿Gozo?. ¿Deseo de una inocencia perdida y descubierta en los hijos?. ¿Necesidad de paz?. ¿Anhelo de felicidad imposible?. Pienso que la Navidad despierta lo que queda en nosotros del “niño” que fuimos, capaces de admirar, acoger y amar de manera espontánea y con gozo, el regalo de la vida diaria.

No sé qué pensaréis vosotros. Lo que sí os puedo decir es que hace bien, que es algo saludable pararse un poco para que seamos conscientes y gocemos del Misterio que celebramos reunidos en familia. Es una oportunidad para reforzar los vínculos familiares. No rompáis ningún lazo por leve que sea. Consolidarlos, animarlos, alentarlos, crearlos si es necesario.

José María Ruiz de Azúa
Párroco

1.- Lectura del Evangelio según San Mateo 1, 18-25.

El nacimiento de Jesús el Mesías fue así: María, su madre, estaba comprometida para casarse con José; pero antes de vivir con él como esposa, quedó embarazada por la acción del Espíritu Santo. José, su esposo, que era un hombre justo, no quiso denunciar públicamente a María, sino que decidió separarse de ella de una manera discreta. Andaba él preocupado por este asunto, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

José, descendiente de David, no tengas reparo en recibir en tu casa a María, tu esposa, pues el hijo que ha concebido es por la acción del Espíritu Santo. Y cuando dé a luz a su hijo, tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que el Señor había dicho por medio del profeta: La virgen quedará embarazada, y dará a luz un hijo, a quien llamarán “Emmanuel”, que significa “Dios con nosotros”

Cuando José despertó del sueño, recibió en su casa a María, su esposa, conforme a lo que le había mandado el ángel del Señor. La cual, sin que él antes la conociese, dio a luz a su hijo, al que José puso por nombre Jesús.

2.- Comentario:

“NIÑOS”

Hay llamadas que nos trabajan durante la Navidad, más allá incluso de nuestras convicciones religiosas personales. Como señala el teólogo y psicoterapeuta *E. Drewermann*, «entre los europeos, en ningún día del año nuestro deseo de paz y de protección es tan grande como en la víspera de Navidad».

En la raíz de todo está la imagen de un Dios que entra en nuestra vida haciéndose niño, es decir, un ser frágil e inacabado que todavía no sabe decir ni hacer nada aparentemente valioso. Este hecho central de la fe cristiana ha convertido a la Navidad en símbolo y llamada a despertar en nosotros al «niño» que somos y al que apenas dejamos nacer.

Ser adultos: ésa ha sido la consigna. Y todos, de alguna manera, nos esforzamos por exhibir resultados, eficacia, certezas indiscutibles. Nos exigimos demasiado unos a otros: perfección, habilidad, inteligencia, rendimiento. Apenas comenzamos a crecer, aprendemos a temernos unos a otros más que a amar, que es lo único para lo que hemos nacido.

Queremos ser adultos libres, y terminamos esclavos de mil leyes que, sin estar escritas en ninguna parte, son sagradas. No sabemos querernos, pero hemos de cuidar al máximo cómo vestarnos, cómo hablar y presentarnos ante los otros, cómo actuar «correctamente» según lo establecido, cómo dar buena imagen. Ahogamos la vida, y luego aprendemos a considerar como normal el vivir atados al deber diario, realizado sin amor ni ilusión alguna.

En el prólogo de su delicioso «Principito», A. SaintExupery dice que «todas las personas han sido antes niños, pero pocas lo recuerdan». La Navidad nos invita a despertar lo que queda en nosotros de ese «niño» que fuimos, capaces de admirar, acoger y amar de manera espontánea y con gozo el regalo de la vida diaria.

Siempre hay en nosotros un rincón olvidado en el que todavía no hemos dejado de ser niños. Somos frágiles y lo sabemos: necesitamos protección. No acertamos a vivir solos, y lo sabemos: necesitamos querer a alguien y que alguien nos quiera. Cometemos errores, y lo sabemos: necesitamos bendición. Éste es el mensaje de la Navidad para todos: sólo salva el amor encarnado en la fragilidad de nuestra existencia. El creyente, por su parte, celebra estos días el fundamento y la raíz de esa verdad: **sólo salva un Dios que ama infinitamente al ser humano y se encarna entre nosotros en ese Niño de Belén.**

3.- Reflexión personal:

¿Me fijo en los aspectos positivos de las personas, de los acontecimientos y de las cosas?

¿Suelo manifestar, con frecuencia, mi amor, mi aprecio a quienes viven conmigo?

4.- Oración breve:

“Señor, Tú sabes que yo te quiero”. (Jn 21, 17)

